

# El camino de la familia a la luz del amor misericordioso

JUAN DE DIOS LARRÚ

*Universidad eclesiástica "San Dámaso" de Madrid*

RESUMEN: A luz de *Amoris laetitia*, la familia sigue siendo el camino de la Iglesia, especialmente ante los desafíos contemporáneos. La exhortación se acerca a las familias para fortalecer su vocación al amor, invitándolas a ser testigos y apóstoles del amor de Cristo; desea despertar lo que denomina creatividad misionera (AL 57), capaz de abrir nuevos caminos, con realismo y confianza. La clave de lectura del documento viene indicada de modo explícito en el título escogido: *Sobre el amor en la familia*. Desde la óptica de la exhortación, únicamente a la luz del verdadero y genuino amor (AL 67), es posible aprender a amar (AL 208) y construir una verdadera morada al deseo humano.

PALABRAS CLAVE: familia, camino, amor misericordioso, morada

ABSTRACT: In the light of *Amoris laetitia*, the family continues to be the path of the Church, especially in the face of contemporary challenges. The exhortation draws close to families to strengthen their vocation to love, inviting them to be witnesses and apostles of the love of Christ. It wants to awaken what it calls missionary creativity (AL 57), which is capable of realistically and trustfully opening new paths. The key to reading the document is found explicitly in its subtitle: on love in the family. From the point of view of this exhortation, we can only learn to love in the

light of a true and genuine love (AL 67, 208) and from here to construct a true home for human desire.

KEYWORDS: family, path, merciful love, home

## 1. INTRODUCCIÓN: LA VÍA DE LA FAMILIA

“Caminemos familias, sigamos caminando. Lo que se nos promete es siempre más. No desesperemos de nuestros límites, pero tampoco renunciemos a buscar la plenitud de amor y de comunión que se nos ha prometido” (AL 325). Con estas afirmaciones conclusivas, la exhortación apostólica *Amoris laetitia* nos transmite una visión dinámica de la vida familiar, y sitúa el horizonte de su peregrinación en la promesa de amor y comunión que proviene de Dios. En estas expresiones se percibe también la tensión, la lucha entre los límites que se experimentan y la plenitud a la que se aspira. El texto no oculta el drama de las familias de nuestro tiempo, situado entre la desesperanza y el deseo de una promesa cumplida. Por este motivo, la esperanza, la promesa y la misericordia son términos fundamentales para comprender el camino y la vocación de la familia.

Un sínodo es etimológicamente un camino común. A la luz de lo anterior, podemos decir que los dos sínodos dedicados a la familia han desembocado en otro camino: la familia misma, que sigue siendo el camino de la Iglesia, especialmente ante los desafíos contemporáneos. El camino sinodal ha profundizado en la familia como vía privilegiada de la Iglesia. Y la razón de ello es que la familia es la vía del hombre en su vocación al amor. De este modo, a través del camino sinodal, la Iglesia ha cobrado una conciencia aún más honda que entre los numerosos caminos por los que ella se acerca al hombre, el primero y el más importante es el camino de la familia<sup>1</sup>. La familia es el camino de la Iglesia en la tensión entre lo que es y lo que está llamada a ser<sup>2</sup>. Y es que en la cuestión del matrimonio y la familia están en juego nuestro presente y nuestro futuro de modo radical. Por esta razón, la esperanza de la

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, *Carta a las familias*, n. 2. cf. XIV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos (4-25 de Octubre de 2015), *Relatio Finalis*, n. 2, n. 44.

<sup>2</sup> JUAN PABLO II, *Familiaris consortio*, n. 17.

familia no es una esperanza entre otras, sino la esperanza fundada, pues es capaz de unir el origen y el destino de cada persona, el hilo conductor de su existencia temporal<sup>3</sup>.

Si es cierto que se da un amplio consenso en el hecho de que la familia constituye el camino de la Iglesia, no es sin embargo unánime la respuesta sobre el modo de orientarse en él, y sobre los pasos y lugares por los cuales nos conduce la vía de la familia. Conviene caer en la cuenta que en todo camino humano es necesario atender a dos dimensiones fundamentales: por una parte, es preciso aprender a mirar y poner los ojos en el horizonte; se trata de percibir el fin de una plenitud de vida que procede del designio de Dios y que no cesa de atraernos. Por otro lado, le conviene al caminante ir dando firmeza a los pasos que va dando y que tienen que ver con la forma como la verdad del amor se concreta en lo cotidiano de la vida de la familia, como respuesta en cada momento a la vocación que proviene de Dios. Horizonte y paso cotidiano no se pueden disociar para que la peregrinación de la familia sea verdaderamente humana, y se vaya entretejiendo en el espacio y el tiempo con auténtica sabiduría.

Las coordenadas fundamentales de la vida humana son el espacio y el tiempo<sup>4</sup>. El mundo moderno ha transformado profundamente la relación espacio-temporal. Como producto de complejas transformaciones, el hombre contemporáneo se encuentra indeciblemente solitario en un mundo planificado. A nivel sociológico, asistimos al fenómeno de la desocialización, caracterizado por la creciente pérdida de vínculos<sup>5</sup>, que genera una sociedad fragmentada, líquida. La soledad y orfandad del hombre de nues-

---

<sup>3</sup> G.L. MÜLLER, *Informe sobre la esperanza*, BAC, Madrid 2016.

<sup>4</sup> La exhortación (*AL* 261) repite uno de los aforismos preferidos del Papa, que el tiempo es superior al espacio (*AL* 3). Cf. *LF*, n. 57: “el tiempo es siempre superior al espacio El espacio cristaliza los procesos; el tiempo, en cambio, proyecta hacia el futuro e impulsa a caminar con esperanza”; A. SPADARO, “Entrevista a Papa Francisco”, *La Civiltà Cattolica* III (2013) 449-477, 468: “Dios se manifiesta en una revelación histórica, en el tiempo. El tiempo inicia los procesos, el espacio los cristaliza. Dios se encuentra en el tiempo, en los procesos en curso. No hay que privilegiar los espacios de poder respecto a los tiempos, también largos, de los procesos. Nosotros debemos empezar los procesos, más que ocupar espacios”; *EG* 223: “Dar prioridad al tiempo significa ocuparse de iniciar procesos más que de poseer espacios”.

<sup>5</sup> M. FORDE, *Desocialización. La crisis de la postmodernidad*, Encuentro, Madrid 2013.

tros días es fruto, entre otras causas, de la ausencia o evaporación del padre, y del eclipse de Dios. No resulta extraño en tal situación la siguiente paradoja: si por un lado se constata un sincero deseo de la familia, hasta el punto que es la institución que más valoran nuestros contemporáneos a nivel sociológico, por otro lado crezca la incapacidad de formar una familia y de considerar que el mutuo don de sí de los cónyuges genere el bien común de la entera sociedad. Si la familia es la raíz de la sociedad, al mismo tiempo los hombres no pueden vivir la familia si no les sostiene una red de relaciones que sean familiares.

## 2. LA CLAVE DEL AMOR MISERICORDIOSO COMO CRITERIO HERMENÉUTICO FUNDAMENTAL

Las dos relaciones finales de ambas asambleas, denominadas respectivamente *Relatio synodi* y *Relatio finalis*, son los dos documentos de base para elaborar la exhortación papal. El camino sinodal sobre la familia ha tenido un marcado acento pastoral, con un tono positivo, abierto, realista y concreto, hablando el lenguaje de la experiencia. El título escogido, por un lado conecta con la exhortación apostólica precedente *Evangelii gaudium*, y por otro lado pone de relieve la centralidad del amor.

En el documento podemos distinguir tres niveles de redacción. Uno está compuesto por las numerosas citas a los documentos finales de ambos sínodos ya citados; un segundo nivel son las glosas tanto de las catequesis de san Juan Pablo II sobre el amor humano y la Teología del cuerpo, cuanto de las propias catequesis sobre la familia ofrecidas entre el primer y el segundo sínodo. Por último, un tercer nivel son los pasajes sin nota alguna, que podemos considerar como los más originales del Papa.

En el conjunto del documento se percibe su acento marcadamente pastoral, con un tono positivo, abierto, realista, procurando hablar el lenguaje concreto de la experiencia<sup>6</sup>. La clave de lectura del documento viene indicada de modo explícito en el título escogido: *Sobre el amor en la familia*.

---

<sup>6</sup> Cf. A. SPADARO, “«Amoris laetitia». Struttura e significato dell’Esortazione apostolica post-sinodale di Papa Francesco”, *La Civiltà Cattolica* 3980 (2016) 105-128.

La exhortación invita a penetrar en el misterio de la familia a través de la vía de la caridad. Ya Benedicto XVI en *Deus caritas est* quiso poner de relieve que el encuentro con el acontecimiento singular de la persona de Cristo es capaz de ofrecer un nuevo horizonte a la vida, una orientación decisiva. Puesto que Dios nos ha amado primero, el amor ya no es solo un mandamiento, sino la respuesta al don del amor con el cual Dios viene a nuestro encuentro<sup>7</sup>. Por su parte, el Papa Francisco afirma en *Lumen fidei* que “amor y verdad no se pueden separar. Sin amor, la verdad se vuelve fría, impersonal, opresiva para la vida concreta de la persona. La verdad que buscamos, la que da sentido a nuestros pasos, nos ilumina cuando el amor nos toca”<sup>8</sup>.

Desde la lógica del amor que tiene razón de primer don, el matrimonio y la familia aparecen como verdaderos sujetos de la pastoral<sup>9</sup>, afirmando la capacidad de la gracia de generar vínculos y relaciones que unen a las personas, y les concede vivir un amor para siempre. La lógica del amor es simultáneamente unitiva, comunicativa y conversiva<sup>10</sup>. Esta última dimensión está relacionada de un modo singular a la misericordia divina, por lo que es conveniente profundizar en ella, pues la vinculación entre amor y conversión es indicador de la novedad que el cristianismo porta consigo<sup>11</sup>.

### 3. EL CONTENIDO DE LA EXHORTACIÓN A LA LUZ DE LA VERDAD DEL AMOR

El documento se compone de nueve capítulos. Siguiendo la indicación de que el hilo conductor es la luz del amor, podemos estructurar el texto en tres partes: en primer lugar, un tríptico de ingreso que proyecta como tres focos

---

<sup>7</sup> BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, n. 1.

<sup>8</sup> FRANCISCO, *Lumen fidei*, n. 27.

<sup>9</sup> J.J. PÉREZ-SOBA, *La pastoral familiar. Entre programaciones pastorales y generación de una vida*, BAC. Madrid 2014.

<sup>10</sup> J. LARRÚ, “La dinámica conversiva de la acción en Santo Tomás de Aquino”, en J.J. PÉREZ-SOBA-E. STEFANYAN, *L'azione, fonte di novità. Teoria dell'azione e compimento della persona: ermeneutiche a confronto*, Cantagalli, Siena 2010, 327-337.

<sup>11</sup> Para la novedad de la conversión cristiana: Cf. J. ALONSO, “Conversión filosófica y conversión cristiana”, *Scripta Theologica* 41 (2009) 687-710.

de luz: la Palabra de Dios, la realidad actual y sus desafíos, y el Magisterio de la Iglesia reciente sobre el tema de la exhortación; en segundo lugar, el núcleo formado por los capítulos cuarto y quinto donde se aborda la cuestión del amor y su fecundidad en el matrimonio; finalmente, los cuatro últimos capítulos que tratan diferentes aspectos y desafíos para el futuro: la pastoral familiar, la educación de los hijos, las llamadas situaciones irregulares y la espiritualidad conyugal y familiar. Veamos más detalladamente el contenido de cada uno de ellos.

### *3.1. Tríptico introductorio*

El capítulo primero, titulado “A la luz de la palabra” (nn. 8-30), toma como punto de partida la perspectiva de la Revelación divina. Así lo afirma explícitamente el Papa: “Comenzaré con una apertura inspirada en las Sagradas Escrituras, que otorgue un tono adecuado” (AL 6). Este punto de partida es importante, pues la Iglesia reflexiona sobre el matrimonio y la familia partiendo del designio de Dios sobre ellas. A través de una meditación del salmo 128, un canto que traza una semblanza de la vida de la familia, se adopta un acento marcadamente sapiencial. Si la Biblia está poblada de familias, de generaciones, de historias de amor y de crisis familiares (AL 8), la Palabra de Dios es entonces una buena compañera de viaje para las familias de todos los tiempos (AL 22). La contemplación de la historia de la salvación como narrativa familiar tiene su centro en la familia de Nazaret que se presenta ante cada familia como un icono (AL 30).

La sabiduría familiar cristiana encuentra en las dos casas que Jesús describe en el sermón del Monte, una construida sobre roca, otra sobre arena (Mt 7,24-27) una particular expresión simbólica. San Lucas (Lc 6,48), a diferencia de Mateo, establecerá como criterio de solidez no tanto el material (roca-arena), cuanto la profundidad del cimiento. Benedicto XVI, en su viaje a Polonia el año 2006, dirigiéndose a los jóvenes afirmó: “En el corazón de cada hombre existe el deseo de una casa. En un corazón joven existe con mayor razón el gran anhelo de una casa propia, que sea sólida, a la que no sólo se pueda volver con alegría, sino también en la que se pueda acoger con alegría a todo huésped que llegue. Es la nostalgia de una casa en la que el

pan de cada día sea el amor, el perdón, la necesidad de comprensión, en la que la verdad sea la fuente de la que brota la paz del corazón”<sup>12</sup>. A continuación les dirigió estas dos preguntas: ¿Cómo construir esta casa? ¿Qué quiere decir construir la casa sobre roca? La respuesta que el Papa emérito les ofreció se puede resumir de este modo: construir la casa sobre roca es construirla sobre Cristo y con Cristo. Y construir la casa sobre Cristo y con Cristo significa construir sobre un fundamento que se llama amor crucificado.

La exhortación recuerda que es significativo que en el Antiguo Testamento la palabra que aparece más veces después de la divina “Yahvéh” es “hijo” (*ben*), un vocablo que remite al verbo hebreo que significa “construir” (*banah*). La semejanza etimológica entre el sustantivo y el verbo nos iluminan la vocación de la familia. A través del don de los hijos, la familia construye y edifica la casa y la ciudad (*AL* 14). *Lumen fidei* n. 50 afirmaba que: “la fe no sólo se presenta como un camino, sino también como una edificación, como la preparación de un lugar en el que el hombre pueda convivir con los demás. El primer constructor es Noé que, en el Arca, logra salvar la familia (*Hb* 11,7)”.

El segundo capítulo (nn. 31-57), titulado “Realidad y desafíos de la familia”, describe lúcidamente la situación actual de las familias señalando algunos de los desafíos que se le presentan. Entre ellos se señalan principalmente seis: el individualismo exasperado, el emotivismo, en algunos cristianos un acento casi exclusivo en el deber de procrear, la incapacidad de acompañar a los matrimonios jóvenes, y la incapacidad de despertar la confianza en la gracia (*AL* 33-36).

En este capítulo se evidencia que si el bien de la familia es decisivo para el futuro del mundo y de la Iglesia (*AL* 31), nos encontramos en una profunda crisis cultural, marcada por un exasperado individualismo (*AL* 33), que es valorado con los fenómenos ambiguos que conlleva: la personalización, la libertad para elegir, el sentido de justicia.

Como consecuencia de ello, la familia se puede convertir en un lugar de paso, al que uno acude cuando le parece conveniente para sí mismo, o donde uno va a reclamar derechos, mientras los vínculos sufren la precariedad voluble de los deseos y las circunstancias (*AL* 34).

---

<sup>12</sup> BENEDICTO XVI, *Encuentro con los jóvenes en Cracovia-Blonia*, (27.05.2006).

Junto a este rasgo, nuestra cultura vive una fuerte crisis de la temporalidad. La lógica del presentismo absoluto se enraíza en el nihilismo. La exhortación la denomina “cultura de lo provisorio”. El tiempo se vive atomizado y fragmentado, y ello provoca que la provisionalidad se convierta en el criterio de cualquier relación entre personas (AL 39 y 124). Se dibuja, de este modo, un proceso de decadencia cultural. La interpretación emotiva del amor dificulta o imposibilita la entrega y el don de sí de las personas, y conduce a una afectividad narcisista, inestable y cambiante (AL 41) que no favorece la madurez personal. Como consecuencia de ello, en las sociedades europeas se verifica un descenso demográfico alarmante, junto a un debilitamiento de la fe y de la práctica religiosa. El fruto de la ausencia de Dios en la sociedad es una gran soledad de las personas, los matrimonios y las familias, que es indudablemente una de las mayores pobreza de nuestra cultura (AL 43).

Otro desafío derivado de la debilidad de nuestra cultura es el auge de diversas formas de ideología. La exhortación menciona particularmente la denominada ideología de género (*gender*), que niega la diferencia y la reciprocidad natural entre el hombre y la mujer. La identidad de género viene descrita como la vivencia interna e individual del género tal como la persona la siente. Esta circunstancia personal puede corresponder o no con el sexo asignado en el nacimiento. Desde un relativismo cultural, la identidad humana viene determinada por una opción individualista, que también cambia, o puede cambiar, con el tiempo. De este modo, se vacía el fundamento antropológico de la familia (AL 56). Frente a esta “colonización ideológica”, la bondad originaria de la diferencia sexual inscrita en el cuerpo es para el cristianismo el primer ámbito en el que se forja la relación con el otro.

Al señalar luces y sombras de la situación actual de la familia, lejos de caer en lamentos autodefensivos, la exhortación desea despertar lo que denomina creatividad misionera (AL 57), capaz de abrir nuevos caminos, con realismo y confianza.

El tercer capítulo (nn. 58-88), titulado “La mirada puesta en Jesús: vocación de la familia”, ofrece una síntesis de la doctrina católica sobre el matrimonio y la familia siguiendo el Magisterio reciente de la Iglesia: el Concilio Vaticano II, particularmente la constitución pastoral *Gaudium et spes* (nn. 47-52), la encíclica *Humanae vitae* y la exhortación *Evangelii nuntiandi* del

beato Pablo VI, la carta *Gratisimam sane* y sobre todo la exhortación apostólica *Familiaris consortio* y las catequesis sobre el amor humano de san Juan Pablo II, y las encíclicas *Deus caritas est* y *Caritas in veritate* de Benedicto XVI (AL 70). Con todo ello se pone de manifiesto el imponente empeño del reciente Magisterio de la Iglesia sobre el tema de la familia.

En este capítulo destaca la importancia que el Papa otorga al *kerygma*, al primer anuncio del Evangelio, que es hoy tan necesario proponer de nuevo (AL 58). El sacramento del matrimonio no es una convención social, un rito externo, sino un don para la santificación y la salvación de los esposos, una vocación a vivir el amor conyugal como signo imperfecto del amor entre Cristo y la Iglesia (AL 72). Siguiendo de cerca el Magisterio de san Juan Pablo II, la familia es vista como reflejo de la Trinidad (AL nn. 11, 71).

### 3.2. *El misterio del amor en el corazón de la familia*

Tras los tres primeros capítulos que componen como un tríptico de entrada, nos adentramos en el núcleo del documento que lo constituyen los capítulos cuarto y quinto. En el capítulo cuarto (nn. 89-164), a través de la detallada meditación del himno de la caridad de *I Cor* 13,4-7, el Papa muestra que la vía de la caridad es el sendero privilegiado a recorrer para penetrar en el misterio del matrimonio y la familia según el designio de Dios. La lógica del amor nunca puede quedar reducida a la sola aplicación de normas, y jamás pierde de vista lo concreto de la persona a la que ama. Notemos que este himno nos habla de la caridad, del *agápe* divino, al que algunos han llamado “el Cantar de los Cantares” de la Nueva Alianza. Ya Benedicto XVI en su primera encíclica, *Deus caritas est*, afirmó que este himno resumía todo lo que había querido exponer sobre el amor en la carta<sup>13</sup>. Desde la óptica de la exhortación, únicamente a la luz del verdadero y genuino amor (AL 67), es posible aprender a amar (AL 208) y construir una verdadera morada al deseo humano.

El capítulo se puede interpretar como una invitación a profundizar en una antropología fundada sobre la verdad del amor, revelado plenamente en Jesucristo. La fuente principal de inspiración es claramente la constitución

---

<sup>13</sup> BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, n. 34.

*Gaudium et spes* nn.48-50<sup>14</sup>, donde se apuesta por la vía del amor para penetrar en el misterio del matrimonio. Este primado del amor, ya intuido por Pío XI en *Casti connubii*<sup>15</sup>, va a encontrar en las catequesis de Juan Pablo II sobre el amor humano y la encíclica *Deus caritas est* un auténtico desarrollo del planteamiento conciliar.

Singular valor adquieren, en este sentido, los nn. 120-122 en los que se profundiza en la caridad conyugal como el corazón de la vida matrimonial. El amor de Dios va transformando progresivamente el amor humano conduciéndolo hacia la santidad conyugal. Siguiendo a Santo Tomás de Aquino, el amor conyugal es considerado como la máxima amistad<sup>16</sup>, pues la funda en las notas personales de la misma; es una unión que nace por el consentimiento libre de los esposos y contiene todas las características de la mejor amistad: la búsqueda del bien del otro, la reciprocidad, la intimidad, la ternura, la estabilidad, y la semejanza entre los amigos que se construye con la vida compartida (AL 123). La convivencia y la comunión conyugal adquieren, de este modo, un singular valor humano, dado que se trata de una amistad peculiar por su carácter totalizante, que abarca toda la vida, un amor exclusivo e indisoluble, fiel y abierto a la generación de la vida<sup>17</sup>.

La alegría del amor ha de ser cuidada en el matrimonio (AL 126). Se trata, siguiendo de nuevo a Santo Tomás, de una dilatación de la amplitud del corazón<sup>18</sup>. Es uno de los efectos del gozo. El Doctor común se funda en la semejanza latina entre *laetitia* y *latitia* (anchura) para comparar la alegría

<sup>14</sup> Estos números GS 48-50 son citados con frecuencia en este capítulo: Cf. AL 125,126,134,142,154.

<sup>15</sup> Cf. AL 120.

<sup>16</sup> STO. TOMÁS DE AQUINO, *Summa contra Gentiles* III, 123; n. 2964: “intervirum autem et uxorem máxima amicitia esse videtur: adunatur enim non solum in actu carnalis copulae, quae etiam inter bestiae quendam suarum societate facit, sed etiam ad totum domesticae conversationes consortium”.

<sup>17</sup> PABLO VI, *Humanae vitae*, n. 9.

<sup>18</sup> STO. TOMÁS DE AQUINO, I-II, q. 31, a. 3, ad 3: “.alia nomina ad delectationem pertinentia, sunt imposita ab effectibus delectationis: nam *laetitia* imponitur a dilatatione cordis, ac si diceretur *latitia*”. En la respuesta, el Aquinate distingue entre la *laetitia*, la *exultatio* y la *iucunditas*.

con la dilatación del corazón<sup>19</sup>. La alegría del amor es la alegría que procede del Espíritu Santo. Benedicto XVI, haciendo balance de las jornadas mundiales de la juventud, decía: «La fiesta es parte integrante de la alegría. La fiesta se puede organizar, la alegría no. Solo puede ofrecerse como don; y, de hecho, se nos ha dado en abundancia: por eso nos sentimos agradecidos. Así como Pablo califica la alegría de fruto del Espíritu Santo, del mismo modo también Juan, en su Evangelio, ha unido íntimamente el Espíritu y la alegría. El Espíritu nos da la alegría. Y es la alegría»<sup>20</sup>.

El capítulo quinto, en profunda continuidad con el anterior, aborda el tema de la fecundidad del amor. El verdadero amor siempre da vida (AL 165). La vida humana es un don precioso de Dios, Creador y Padre, que ha de ser acogida generosa y responsablemente.

En tal sentido se suceden algunas afirmaciones relevantes: las familias numerosas son una alegría para la Iglesia (AL 167); el embarazo es una época difícil, pero también es un tiempo maravilloso (AL 168). Todo niño tiene derecho a recibir el amor de una madre y de un padre, ambos necesarios para su maduración íntegra y armoniosa (AL 172). Si la madre ampara al niño con su ternura y compasión, el padre ayuda al niño a percibir los límites de la realidad y dilata su horizonte hacia el mundo (AL 175). De este modo la presencia clara y bien definida de ambas figuras, femenina y masculina, crea el ambiente más adecuado para la maduración del hijo.

La fecundidad se puede vivir de modos nuevos tanto por los esposos que no pueden tener hijos, sabiendo lo mucho que sufren por ello (AL 178), como por el generoso y magnánimo camino de la adopción por el que se regala una familia a quien no la tiene (AL 179). Junto a estas y otras formas de fecundidad, se encuentra también la fecundidad social de la familia. Los matrimonios cristianos están llamados a pintar el gris del espacio público llenándolo del color de la fraternidad, de la sensibilidad social, de la defensa de los frágiles, de la fe luminosa, de la esperanza activa (AL 184).

---

<sup>19</sup> STO. TOMÁS DE AQUINO *III Sent.*, d. 26, q. 1, a. 3: “Laetitia autem dicit effectum gaudii in dilatatione cordis; unde dicitur laetitia quasi latitia: exsultatio autem effectum ipsius in signis exterioribus; in quantum gaudium interius ad exteriora prorumpens, quodammodo exilit”.

<sup>20</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia romana*, (22.12.2008).

### 3.3. *El amor como hilo conductor de la pastoral familiar*

Como hemos indicado, los cuatro últimos capítulos del documento pueden leerse a la luz de los dos anteriores, como prolongación en diferentes ámbitos de la lógica central del amor.

El capítulo sexto, titulado “Algunas perspectivas pastorales” (nn. 199-258), recoge de manera general los nuevos caminos pastorales que se vislumbran. En primer lugar, es de destacar que la familia es reafirmada como sujeto de evangelización (AL 184.289) y, por tanto, principal sujeto de la pastoral familiar. Junto a ello se señala la parroquia como la que ha de ofrecer la principal contribución a la pastoral familiar, comprendida como una comunidad de fe viva, como familia de familias (AL 202). Para ello es necesario una formación más adecuada y profunda de los seminaristas y sacerdotes, así como de religiosos y laicos.

La exhortación señala la preparación próxima al matrimonio y el acompañamiento de los primeros años como dos objetivos prioritarios. Un famoso libro que narra la vida de las jóvenes americanas se titula *Unhooked*<sup>21</sup>, desenganchadas. Se trata de jóvenes resbaladizas, escurridizas, incapaces de vincularse a algo. Incluso la convivencia ha quedado superada: mejor encuentros ocasionales, que no generen tiempo nuevo. Por todo ello, la preparación al matrimonio ha de ser intensificada en todas sus etapas, remota, próxima e inmediata. Los primeros años de matrimonio son un periodo vital y delicado, que requiere un acompañamiento singular. El enfoque adecuado tanto de la preparación conyugal cuanto del entero trabajo con los matrimonios se indica certeramente con esta expresión: “La pastoral prematrimonial y la pastoral matrimonial deben ser ante todo una pastoral del vínculo, donde se aporten elementos que ayuden tanto a madurar el amor como a superar los momentos duros” (AL 211). A diferencia de una pastoral líquida o emotiva, que se contenta con consumir experiencias gratificantes, una pastoral del vínculo prepara al “sí para siempre”, hace madurar a las personas en el deseo y en la promesa, y hace construir la casa sobre roca, no sobre arena (Mt 7,23-24). Se indica también cómo la presencia de esposos con experiencia, y el

---

<sup>21</sup> L. SESSIONS STEPP, *Unhooked: How Young Women Pursue Sex, Delay Love and Lose at Both*, Riverhead Books, New York 2008.

apoyo de asociaciones, movimientos eclesiales y nuevas comunidades es fundamental en esta tarea (AL 223).

El capítulo séptimo, titulado “Fortalecer la educación de los hijos” (nn. 259-290) muestra la centralidad del tema educativo en el horizonte de la vocación al amor. La pedagogía de la familia es la de aprender y enseñar a amar. Con frecuencia el documento usa los términos camino, historia, narración, crecimiento, maduración. Son vocablos que nos hablan de la importancia del drama de la libertad en el tiempo. Particular relieve cobra la insistencia de la necesidad de una educación de la sexualidad y la afectividad humanas. El analfabetismo afectivo que padece la cultura contemporánea provoca una enorme fragilidad frente a las elecciones irrevocables de la vida, frente a la promesa esponsal y el amor para siempre. La respuesta a este desafío ha de ser un renovado empeño formativo y educativo de la Iglesia en estos ámbitos, promoviendo iniciativas que favorezcan la verdadera maduración afectiva de las personas y una educación en virtudes, donde destaca la importancia de la castidad como la virtud más hermosa, pues ella genera una armonía entre todos los dinamismos operativos que posibilita a cada persona una entrega y un don de sí, íntegro y total. Como afirma la exhortación: “la castidad es la condición preciosa para el crecimiento genuino del amor interpersonal” (AL 206).

La pedagogía de la exhortación puede sintetizarse en estas dos expresiones: “generar procesos que permitan transitar de lo imperfecto a lo más pleno” (AL 261) y “promover libertades responsables” (AL 262). La dimensión moral de la educación es central. En tal sentido, la promoción de las inclinaciones afectivas a favor del bien (AL 264) y de las virtudes como hábitos operativos buenos (AL 266) son fundamentales para el cultivo de una libertad madura.

En el capítulo noveno se ofrecen algunas consideraciones sobre la espiritualidad conyugal y familiar (nn. 313-325). La vida cristiana está siempre marcada por una impronta trinitaria y cristocéntrica que procede de la consagración bautismal. Dentro de esta lógica sacramental, la especificidad de la espiritualidad conyugal se encuentra en la originalidad del sacramento del matrimonio. El vínculo conyugal está habitado por el amor divino (AL 315). La espiritualidad conyugal y familiar se compone de miles de pequeños ges-

tos reales y concretos, a través de los cuales se va construyendo y edificando la íntima comunión de vida y amor que es el matrimonio (GS 48).

La importancia de la oración en familia como un medio privilegiado para fortalecer la fe (AL 318), la centralidad de la transmisión de la fe, la relevancia de la virtud de la hospitalidad, alentada por la Palabra de Dios (Hb 13,2) (AL 324), que expresa la apertura a la vida y a los demás, y la misión educativa y social de la familia (AL 324), son algunos de los puntos que resultan más relevantes de este capítulo conclusivo.

#### 4. ACOMPAÑAR, INTEGRAR Y DISCERNIR<sup>22</sup>

El capítulo octavo, titulado “Acompañar, discernir e integrar” (nn. 291-312) afronta las fragilidades de la vida familiar. Con los tres verbos del título del capítulo se desea expresar la lógica misericordiosa que mueve a la Iglesia en su servicio a los hombres, particularmente los más débiles, los que sufren la dolorosa experiencia de una familia herida o rota. Acompañar, integrar y discernir indican el modo concreto cómo la Iglesia se pone al servicio del camino de la conversión cuya iniciativa es siempre divina. Nos detenemos brevemente en cada una de ellas para poner de manifiesto su importancia.

##### a) *El acompañamiento y la paciencia de un camino*

La exhortación indica con realismo la carencia de acompañamiento y la necesidad urgente del mismo. La dificultad se encuentra en el modo de vivir la temporalidad y adecuarse a la paciencia de Dios. Pablo VI afirmaba que la Iglesia sabe de esperas largas y de aguante apostólico<sup>23</sup>. Tras la acogida inicial, el acompañamiento es un modo singular de anunciar el Evangelio, inseparablemente unido al seguimiento de Cristo que implica una vinculación existencial con Él. Jesucristo es, por consiguiente, el Maestro que nos enseña el arte del acompañamiento. A partir del conocido relato de los discípulos de

<sup>22</sup> Cf. J. GRANADOS-S. KAMPOWSKI-J.J. PÉREZ-SOBA, *Acompañar, discernir, integrar. Vademécum para una nueva pastoral familiar a partir de la exhortación Amoris laetitia*, Monte Carmelo, Burgos 2016.

<sup>23</sup> PABLO VI, *Populorum progressio*, n. 15.

Emaús (Lc 24, 13-33), podemos comprender el papel central de la Palabra de Dios y de los sacramentos en este proceso. El hilo conductor del mismo es el amor verdadero; es decir, se trata de acompañar en el camino de la vocación al amor, promoviendo el crecimiento y la madurez del amor conyugal y familiar.

La familia es simultáneamente el primer lugar de acompañamiento como el sujeto del mismo. En efecto, por un lado la familia es el espacio donde las personas encontramos sostén, guía, comprensión y estímulo (AL 260). Y al mismo tiempo las familias están llamadas a acompañar a otras, siguiendo su vocación misionera. Es necesario preparar a las familias para esta misión, proporcionando una adecuada formación para ello. La pastoral familiar requiere la promoción del asociacionismo familiar, centros de promoción familiar de carácter evangelizador, no solamente terapéutico. La exhortación trata principalmente del acompañamiento en el capítulo sexto. Se trata obviamente de acompañar personas concretas, matrimonios y familias. Se precisa paciencia, delicadeza, formación y oración.

La lógica del acompañamiento es sacramental. Se trata de que el sujeto familiar vaya convirtiendo y transformando al sujeto emotivo. El bautismo como nuevo nacimiento introduce en un camino de conversión permanente cuyo destino último es la participación plena en la vida de la Iglesia en la Eucaristía, y en ella a la vida eterna que se nos ofrece en la vida de Cristo. La conversión es obra del Espíritu en el corazón que recibe la gracia de Cristo y es transformado por ella.

El proceso del acompañamiento está marcado por la ley de la gradualidad<sup>24</sup>. Se trata de reconocer la pedagogía de la ley como la verdad de un camino<sup>25</sup>. La ley moral no es un límite ni una imposición extrínseca, cuanto una dirección para no extraviarse. La visión legalista tiende a adaptar la ley a las capacidades humanas, lo que la acerca a un pelagianismo que mide la gracia desde las posibilidades puramente naturales.

---

<sup>24</sup> J.M. LUSTIGER, “Gradualità e conversione”, en AA.VV., *La «Familiaris consortio»*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1982, 31-57; O. GOTIA, “Gradualità e conversione”, en J.J. PÉREZ-SOBA-J.J.D. DE LA TORRE, *Primato del Vangelo e luogo della morale: gerarchia e unità nella proposta cristiana*, Cantagalli, Siena 2015, 209-226.

<sup>25</sup> JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, nn. 42.64.

La dinámica del don implica dos niveles: uno es el de la recepción o rechazo del don, en el que no hay gradación alguna, se recibe o no; el segundo es el modo de recibirlo en el que caben distintos grados. La negación de la gradualidad de la ley es el requisito primero para la existencia de un acompañamiento pastoral, pues de este modo se prioriza la gracia, se sitúa en el centro la conversión y se pone como fin la santidad (LG 40).

*b) Integrar en la vida plena de Jesús*

Desde la perspectiva de una pastoral y espiritualidad del vínculo (AL 211; 315), se han de ofrecer caminos de integración para aquellas personas que viven en modo contrario al vínculo conyugal. No estar integrado completamente no significa estar excluido, sino que hay grados de participación. Refiriéndose a los divorciados en nueva unión, *Amoris laetitia* nos recuerda, en efecto, que ellos “pertenecen al Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia”, “son bautizados, son hermanos y hermanas” (AL 299). Por otro lado, sobre el acceso a la Eucaristía la exhortación no cambia la disciplina vigente. El proceso de integración ha de dirigirse a sanar la herida. La falta de pertenencia plena no se debe al fracaso del primer matrimonio sino que la verdadera enfermedad es la segunda unión que han establecido.

Dado que la salvación nos alcanza a través de relaciones concretas, los criterios de participación en la Iglesia son visibles. Estos criterios son principalmente tres: confesar y vivir la fe de la Iglesia, estar en comunión con el cuerpo de la Iglesia bajo la guía de sus pastores, llevar una vida en armonía con los sacramentos. Estos diversos criterios de pertenencia se armonizan en el camino de la caridad (*via caritatis*)<sup>26</sup>. A este respecto, conviene señalar que participar en un misterio de comunión no se ha de confundir con una mera inclusión social. En este último caso se trata de eliminar las barreras que se han creado por injusticias o desigualdades. La lógica de participación plena en la Iglesia es diferente, pues consiste en formar parte, no solo en una sociedad de individuos con iguales derechos, sino en una comunión en que se comparte la misma vida acogiendo el don de Dios.

---

<sup>26</sup> Cf. AL 306.

El amor misericordioso no solo compadece, sino que sana; no solo tolera, sino que transforma<sup>27</sup>.

### *c) Discernir a la luz de la verdad*

La tradición monástica primitiva desarrolló el tema bíblico del discernimiento en relación a la virtud de la *discretio*<sup>28</sup>, como virtud clave del camino de perfección, en estrecha conexión con la prudencia<sup>29</sup>. El discernimiento de espíritus es siempre discernimiento del cuerpo, con criterios objetivos, en referencia particular a la vida de Cristo en la carne y a la Iglesia como Cuerpo de Cristo.

El discernimiento no se realiza sobre el estado de gracia de la persona, ni tampoco se trata de valorar las posibilidades concretas de la persona para adaptar a ellas la ley moral. Como afirma la exhortación: “Dado que en la misma ley no hay gradualidad (cf. *Familiaris consortio*, 34), este discernimiento no podrá jamás prescindir de las exigencias de verdad y de caridad del Evangelio propuesto por la Iglesia”<sup>30</sup>. Se trata, pues, de ayudar a encontrar los posibles caminos de respuesta a Dios y de crecimiento en medio de los límites, sin renunciar a la grandeza del proyecto de Dios (AL 305).

El objeto del discernimiento no es encontrar excepciones, ni justificar cualquier deseo concebible en ausencia de razones, sino ayudar a regenerar los deseos de las personas y ayudarlas a dar pasos concretos en la buena dirección que es vivir en la fidelidad a la promesa esponsal. Las luces del discernimiento son la verdad del vínculo conyugal y la verdad del deseo.

El punto más esperado del documento por parte de los medios de comunicación ha sido lo referente a las personas divorciadas y vueltas a casar y su posible acceso a la Eucaristía. Pese a las pretensiones de convertirlo en el centro del debate sinodal, la exhortación no hace de la cuestión el eje de su reflexión. La verdad del matrimonio indisoluble es reafirmada con claridad

---

<sup>27</sup> Cf. J. LARRÚ, “Compassión, tolerancia, misericordia”, *Anthropotes* 31 (2015) 395-408.

<sup>28</sup> FR. DINGJAN, *Discretio. Les origines patristiques et monastiques de la doctrine sur la prudence chez saint Thomas d’Aquin*, Van Gorcum, Assen 1967.

<sup>29</sup> A. DIRIART, “Discernment des esprits, discernement du corps”, *Anthropotes* 31 (2015) 483-506.

<sup>30</sup> AL 300.

en la exhortación (AL 123, 292). El documento no ofrece ninguna razón para que un católico divorciado que vive en nueva unión pueda comulgar sin transformar su modo de vivir, concretamente sin abandonar la nueva unión o sin el firme propósito de vivir como hermanos. A este respecto conviene señalar que cuando el texto habla de las situaciones objetivas de pecado en las que, a causa de los atenuantes, se podría vivir en gracia, recibiendo para ello la ayuda de la Iglesia, no menciona explícitamente el caso del divorciado en nueva unión que no ha renunciado al ejercicio sexual (AL 305).

En este sentido la exhortación se encuentra en profunda continuidad con el Magisterio precedente<sup>31</sup>, eso sí afirmando que la cuestión no se reduce únicamente a la recepción de la Eucaristía, sino que dado que ninguno está excluido de la vida de la Iglesia, del camino hacia la vida grande de Jesús, y que el acompañamiento se ha de realizar en la lógica de la integración, anima a que se vayan dando pasos en la dirección de la verdadera conversión. Se trata de acoger y acompañar pacientemente en un camino de conversión que gradualmente pueda integrar a las personas heridas a la vida plena en la Iglesia. La lógica misericordiosa de Dios sabe identificar las heridas y es capaz de curarlas con la colaboración y mediación humanas. La Iglesia ni excluye a los pecadores ni excluye el pecado, sino que como morada y cuerpo de Cristo, acoge a los pecadores y les invita a un camino concreto de conversión y de superación del pecado. “Es lo que hizo Jesús con la samaritana (Jn 4,1-26): dirigió una palabra a su deseo de amor verdadero, para liberarla de todo lo que oscurecía su vida y conducirla a la alegría plena del Evangelio” (AL 294).

## 5. CONCLUSIÓN: UNA MORADA PARA EL CAMINO DE LAS FAMILIAS

En el marco del Año Jubilar de la Misericordia<sup>32</sup> conviene reconocer que la primera misericordia de Dios con el hombre es la familia. Consciente de

---

<sup>31</sup> Cf. *Familiaris consortio* n. 84, *Reconciliatio et Poenitentia* n. 34, CEC n. 1651, el documento de la Congregación para Doctrina de la Fe de 1994, y *Sacramentum caritatis* n. 29.

<sup>32</sup> AL 5, 291, 309.

ello, la exhortación se acerca a las familias para fortalecer su vocación al amor, invitándolas a ser testigos y apóstoles del amor de Cristo. Si Cristo es el Camino de todo hombre, éste está llamado a recorrer la vía del amor en la familia para alcanzar la plenitud de una vida lograda.

*Lumen fidei* afirmaba: “el amor mismo es un conocimiento, lleva consigo una lógica nueva. Se trata de un modo relacional de ver el mundo, que se convierte en conocimiento compartido, visión en la visión de otro o visión común de todas las cosas” (LF 27). A la luz del amor, la familia es vista simultáneamente como Iglesia doméstica<sup>33</sup> y célula primaria de la sociedad. Esta doble subjetividad de la familia es de gran calado, pues nos permite comprender que ella es decisiva para interpretar adecuadamente la relación Iglesia-mundo. Profundizar en la familia como sujeto eclesial y sujeto social permite una profundización muy concreta en las relaciones antropológicas constitutivas: ser hijo, ser hermano, ser esposo, ser padre y madre.

El camino sinodal ha constatado que el deseo de familia permanece muy vivo en nuestro mundo contemporáneo, singularmente en los jóvenes. Ahora bien, si el deseo se interpretara como simple proyección del sujeto aislado, conduciría hacia una pura arbitrariedad. Por ello, el deseo, por sí solo, no basta; necesita el fundamento del amor verdadero y una morada eclesial para el mismo. De lo contrario, el deseo se curva, se hace incapaz de crecer hacia la meta que promete, y desorientado se extravía. Es, pues, urgente, promover la familia, iluminar y fortalecer el deseo de la misma, para que la sociedad y la Iglesia sean cada vez más familiares. En este sentido, “hoy, más importante que una pastoral de los fracasos es el esfuerzo pastoral para consolidar los matrimonios y así prevenir las rupturas” (AL 307).

Vivimos hoy inmersos en las redes sociales, que algunos filósofos han descrito como un “no-lugar”<sup>34</sup>. Estos “no-lugares” (aeropuertos, estaciones de tren, centros comerciales, redes sociales e internet...) generan una gran soledad y uniformidad, pues son espacios que no implican enteramente al hombre. Por esta razón no pueden definirse ni como espacios de identidad

---

<sup>33</sup> Cf. LG 11; AL 15, 67, 86-87, 200, 227, 290, 292, 318, 324.

<sup>34</sup> M. AUGÉ, *Non-lieux. Introduction à une anthropologie de la surmodernité*, Le Seuil, Paris 1992 (trad. esp.: *Los no lugares, espacios de anonimato. Antropología de la modernidad*, Gedisa, Barcelona 2009).

ni como relacionales. Se trata más bien de espacios sin historia común e identidad construida colectivamente. La cultura digital, que ha multiplicado las posibilidades técnicas, la capacidad de conectarse con otras personas, se ha tornado sin embargo cada vez más pobre en relaciones humanas profundas, en vínculos estables y duraderos y, de este modo, se ha hecho más infecunda.

El camino de la familia necesita de una morada, de un ambiente apropiado, de un tejido de relaciones donde pueda crecer y germinar el deseo humano. No hay persona sin personas, matrimonio sin matrimonios, familia sin familias; por ello es urgente generar una cultura verdaderamente familiar. Como afirmaba San Agustín: “Quien quiera vivir, tiene en donde vivir, tiene de donde vivir. Que se acerque, que crea, forme parte de este cuerpo para ser vivificado. No recele la unión de los miembros, no sea un miembro canceroso que merezca ser cortado, ni miembro dislocado de quien se avergüencen; sea hermoso, esté adaptado, esté sano, esté unido al cuerpo, viva de Dios para Dios; trabaje ahora en la tierra para que después reine en el cielo”<sup>35</sup>. Por este motivo el desafío y la misión de la Iglesia hoy es ser arca de Noé, sacramento de salvación, generando espacios y tiempos nuevos, un ambiente y una cultura favorables en los que la familia pueda crecer y vivir en plenitud su vocación al amor. Esta capacidad de generar está vinculada a la estructura sacramental de la fe que tiene su fuente en la vida, muerte y Resurrección de Cristo. De este modo, la Eucaristía es un nuevo cuerpo y un nuevo tiempo capaces de generar a los cristianos en una comunión viva.

---

<sup>35</sup> S. AGUSTÍN, *In Iohannis Evangelium Tractatus*, 26, 13: CCL 36,266.